

vocación religiosa en este caso, y más vale así, aunque sea imposible realizar los deseos de tu amiga.

Ascensión, la maestra elemental, sobrina del señor cura, no enrojece al sentirse envuelta en tan desnudos comentarios, sino que, reflexiva y avisada, advierte á la sapiencia y lógica de su tío:

—Repárese que muchos prelados reciben herencias para dotar á las novicias pobres, pero nunca para dotar á las novias... Hay devotos ricos que protegen con grande caridad las vocaciones religiosas; hay plazas de favor en los conventos; y, en un caso de apuro, no teniendo una mujer nada más que la tierra abajo y el cielo arriba... menos difícil me parece entrar en la clausura con el hábito que entrar en la parroquia con el novio... ¿No es verdad?

La pregunta, certera y amarga, hiende como un dardo la sombra, y el sacerdote álzase al recibirla y se lleva la mano al pecho igual que si le sintiese herido.

Suspira sin responder, da unos pasos á tientas por la estancia y, de pronto, se dirige hacia el balcón, donde acaba de asomarse la luna bajo un pálido velo de niebla.

—¿Enciendo luz?—vuelve á preguntar la moza, dando por concluido el interrogatorio.

Y con grave intención, que ella no comprende, el párroco de Valdecruces avanza en la oscuridad hacia el claror divino y, señalando al cielo, responde:

—Deja que ésta me alumbre...

## IX

## ¡SALVE, MARAGATA

Aquel jinete que cruzaba la estepa en un mulo, á pleno sol, vagoroso y audaz, con aires de aventura, parecía, de lejos, *Don Quijote*; cenceño, flexible; impaciente, exploraba los horizontes y caminos ensañando quimeras, igual que el caballero de la *Triste Figura*. Un pobre *Sancho* de á pie le acompañaba, ni gordo ni contento, alquilado en Astorga á la par del mulo; no iban de palique el criado y el señor, como sucede en las novelas, donde un hidalgo curioso cabalga por país desconocido á la vera de un guía, y todo se le vuelve al intruso preguntar al indígena por esto, por lo otro y por lo de más allá.

Este espolique de ahora no era muy explícito que digamos: corto de palabras y largo de piernas, quizá pretendiese economizar en saliva lo que derrochaba en pasos, y así holgaba su boca mientras sudaban sus pies.

Tampoco las preguntas del caballero parecían á propósito para quebrantar la pasiva reserva del peón:

interrogaba aquél, confusamente, sobre agricultura, historia, costumbres y privilegios de la tierra, y el pobre maragato encogíase de hombros bajo su parda almilla, con ruda perplejidad.

—Aquí, de agricultura—supo al fin responder—, pues... el centeno; de costumbres... nacer, emigrar, morir, ¡como en todas partes! De historia... los cuentos de las viejas, patrañas de godos y romanos... ¡vaya usted á averiguar! y de eso otro que usted dice... ¡diájule! non lo oí mentar nunca...

Era el espolique un hombre tosco, por su innata rudeza condenado á servidumbre, que á la sazón padecía en una posada de la capital.

El andante caballero, visto de cerca, había trocado el yelmo de Mambrino por un *jipi*, y la célebre lanza por un vástago de roble; llevaba un maletín á la grupa, finos guantes en contacto con las bridas, y áureos lentes sobre los ojos azules; era joven y parecía feliz.

Según iba creciendo la mañana, aparecíase, bajo la fuerza del sol, más vasto el erial, más estéril y solitario. Caía la luz con arrogancia, en toda la plenitud del mes de Junio, y extendía el purísimo celaje su amplia curva sobre la planicie con una majestad acojedora, llena de resplandores. Los cascos de la caballería alzaban un eco sordo al herir el camino polvoriento, y en la orilla de tímidos bancales algunos brezos violados desfallecían de sed y de tristeza.

Cansado ya el viajero de pretender la esquiva conversación del espolique, iba poblado de visiones y recuerdos aquella muda soledad. Comenzó por discurrir, con aca'orada fantasía, si á tales senderos confusos, todos aridez y desolación, haría referencia aquel fiero relato de una lucha terrible en que el godo Teo-

dorico destruyó las tropas del rey suevo Rechiario, en las *llanuras parámicas*, un célebre día 3, *antes de las Nonas de Octubre...* Apenas evocada esta bárbara memoria, un nuevo relámpago de la imaginación encendía delante del viajero las recordaciones caballerescas de cierto famosísimo hecho de armas que en el siglo XV tuvo lugar á la orilla del *Camino francés*, en el ancho país de «los pueblos olvidados».

Y ya no eran indómitas mesnadas las que en sangrientas imágenes cruzaron la llanura en torno del jinete soñador: los más bizarros adalides de la Edad Media, en marcial apostura de torneo, acudían ahora á las brillantes justas del *Paso honroso*, mantenidas por Suero de Quiñones y otros nueve gentiles caballeros; hasta sesenta y ocho de lejanos reinos y ciudades sorprendieron con el trote bravo de sus corceles el silencio profundo de la estepa, codiciando un puesto en la peregrina lid donde los defensores se proponían correr *trescientas lanzas, rompidas por el asta con fierros de Milán...*

Un caliente arrebató de bravura agitó el renuevo de roble en las ancas del mulo; dió la bestia un respingo cobarde, y el viajero creyóse transportado á la famosa liza sobre las relucientes crines de un potro andaluz. Le enardecieron con singulares bríos los sonos de aguda trompetería *en tono rasgado para romper en batalla*, y vislumbró en el marco de la insigne fiesta la hermosura exquisita de doña Inés, doña Beatriz y doña Sol: iban á rescatar sus guantes empeñados por la galantería de los combatientes.

De pronto una imagen viva, cándida y humilde, alzó en el polvo del camino su miserable silueta; llevóse el visionario la mano al *jipi* con rendimiento cortés, y una pobre maragata, cabalgadora en lenta

burra, pasó con los ojos bajos, murmurando apenas:

—Buenos días.

Al tímido rumor de tal saludo quedó roto el encanto del caballero, el cual en aquel mismo instante imaginaba descubrirse ante doña Mencía, la celebrada esposa de don Gonzalo Ruiz de la Vega, dama ilustre cuyo guante había de rescatar en el *Paso honroso* el conde de Benavente...

Suspiró *Don Quijote*, sonriendo; volvió en torno suyo la mirada, y quedó atónito, como sobrecogido por la austeridad infinita del paisaje: ni una nube corría por el cielo, ni un átomo de vida palpitaba en el llano. La tierra infecunda se resquebrajaba á trechos, rugosa y amarilla como el cadáver de una madre vieja en cuyo rostro las lágrimas dejaron surcos hondos y fríos.

Al roce súbito de aquella trágica impresión, la fantasía del ecuestre viajero volvió á encrespase lo mismo que una ola, y tornaron á poblar la gris llanura un tropel de personajes, surgentes de leyendas y becerros, códices y archivos; desfilaban en la más pintoresca de las confusiones; algunos tan despacio como si les adormeciese el son remoto de antiguos cantares. Mezcláronse las preces sordas de una bárbara religión primitiva con los salmos rudos del pueblo romano y con las cristianas oraciones de aquellos devotos que, viviendo en la tierra la Madre del Salvador, *le mandaron desde Astorga un mensaje verbal á Palestina...* La figura pálida y lastimera del «Rey Monje», iba, con los ojos vacíos y los hábitos en túrdigas, arrastrando su pesadumbre junto al brutal perjeño del rey Mauregato, legislador del fabuloso tributo *de las cien doncellas*. Después, en la desnuda lejanía, se perfiló el fantástico ejército que en vísperas de la batalla de

las Navas acudió á las puertas del monasterio de San Isidoro, en la ciudad de León, á llamar con recios golpes: capitaneaban la hueste romancesca el Conde Fernán González y el Cid, buscando en su sepulcro al rey Fernando I para que asistiese con ellos al combate... A la par de estas visiones legendarias, amacos, asturicenses, celtas, iberos y romanos, judíos y moros, surgían en quimérico rolde, edificando y destruyendo con febril ansiedad. Augusto, Vespasiano, Teodorico, Witiza, Tarik, Almanzor, una apretada nube de conquistadores y vencidos posaba su ambición y su ideal en los solares rotos, hundiendo bajo la tierra lanzas y semillas, regándola con lágrimas y con sudores. Mas el yermo, silencioso, inmutable como la eternidad, no sintió la herida de los hierros ni la amargura de los llantos; no fecundó una sola grana de simiente ni ablandó su dureza con el sudor de las audaces generaciones. Sin amansar su esquivéz ni merecerle una sonrisa, le anduvieron de hinojos ilustres obispos y fervientes misioneros; rudo campo de penitencia donde sólo florecían sacrificios y austeridades, le santificaron legiones de creyentes en pos de anacoretas y de apóstoles: Jenadio, Fructuoso, Valerio, Froilán, Domingo (aquel que se llamó *de la Calzada*, porque ayudó á labrar con sus manos el *Camino francés*), santos eran que en el «desierto» de León y de Castilla, con abundantes compañeros y discípulos, clavaron la Cruz y la oración en gloriosa campaña espiritual. Y ¿no hubo, entre tantos amores, heroísmos y proezas, bastante calor humano para dar vida á los eriales solarieros, para resucitar la muerta llanura?... ¿Cuántos siglos yacía yerto, insensible como un cadáver, el pobre suelo, hendido igual que un viejo rostro donde el llanto labró surcos?... ¿Qué

pretéritas edades, qué desconocidas criaturas le sintieron latir rico y preñado como fecunda tierra del corazón de una patria?...

¡Eran éstas demasiadas interrogaciones! Aunque el viajero había refrescado sus memorias y lecturas antes de ponerse en camino, ya le faltaban á su mental soliloquio documentos y recursos para discutir las causas de aquella perpetua desolación. Quiso hurtar el fatigado pensamiento á la sutil y complicada red de tales raciocinios, pero su noble conciencia de hidalgo y de patriota le acusó de un tanto de culpa en el abandono y la ingratitud que lamentaba sobre el muerto camino. ¿Quién mejor que un poeta para abrir á las modernas corrientes de cultura y piedad un ancho cauce, y fundir en mieses de oro las entrañas estériles del páramo?

Alzó el jinete la juvenil cabeza con arrogante impulso, y posó la caricia de sus ojos azules sobre los escobajos del sendero: quería enamorarse de aquel vago propósito que de repente le asaltaba; sentir fuerte y grande el entusiasmo por la liberación de aquella tierra, solar de una raza insigne, testigo y campo de una historia inmortal, madre eternamente condenada á la esclavitud de la miseria en el mismo seno de su floreciente nación.

Que era empresa de locos aquel sueño, le decía al hidalgo su prudente egoísmo. Pero las ansiedades del artista y las inquietudes del quijote respondieron al punto: ¿Acaso con la pluma no tiene una palanca invencible cada escritor moderno?... ¿No son ahora el libro y el periódico los vencedores propagandistas de la idea?...

El mulo se había parado: lanzó un sordo relincho; olfateaba, y tenía en los belfos una ligera espuma.

—¿Qué le sucede?—preguntó el caballero mientras arreaba el espolique.

—Le desazona el secaño—respondió el aludido parcamente.

Y á la sola noticia de que el animal tenía sed, cambiaron de rumbo los pensamientos del poeta: sintió el desamparo de la ruta con una sensación de punzante disgusto; un antojo violento de agua viva, de agua corriente y bienhechora, le secó las fauces y le enardeció la frente. Desconcertado y pesaroso, escudriñó la monotonía de los horizontes con la angustia del naufrago que persigue una vela salvadora en las desiertas lontanazas del mar. Pero en la vibrante luz ni las alas de un insecto se mecían; hasta el aire parecía dormido en la llanura, y la llama del sol, derramando su lumbre en el erial, semejava una lámpara encendida sobre enorme sepulcro.

En vano buscó el jinete algún semblante amigo donde poner con beatitud la mirada, sedienta de piedad; por toda respuesta á tan ávida pesquisa, dió el implacable suelo una gris vegetación de cardos marchitos y de rastreras gatuñas.

Entonces al poeta le asaltaron enjambres de visiones fugitivas: cortes y ejércitos, potentados y magnates, artistas y labradores, huían hacia los valles, hacia los ríos y las costas; buscaban la dulzura de los bosques y la riqueza de las mieses. Los reyes castellanos, Ordoños y Bermudos, Urracas y Berenguelas, Fernandos y Alfonsos, sentían en la pujanza de su corona temblar el espanto del yermo como un trágico soplo de muerte y exterminio. Y por fin abdicaba—con el abandono y la expatriación—su omnímodo poder sobre la estepa aquel noble señor de *diez mil vasallos, siete villas y ochenta y tres pueblos*, Alvar Pérez Oso-

rio, marqués de Astorga, alférez mayor del Rey, mantenedor valiente de la bendita Señal en la batalla de Clavijo, el que á los veintiséis títulos de sus blasones unió la singular grandeza de poderse llamar «Señor del Páramo»... La solariega casa de Osorio, descendiente de emperadores orientales, prima de reyes, madre de los condados de Altamira, de Luna, de Guzmán, de León, de Trastámara y de Cabrera, raíz y origen de los más puros abolengos españoles, árbitra de las libertades de Castilla, levantó su hidalgo señorío de los cabezos del erial, y olvidando la aspereza de tal cuna, indómita y fuerte como el destino, huyó también á refugiarse en más hospitalario país...

Allá lejos, donde el cielo y la tierra parecen confundidos en infinita comunión de inmensidades, aparecióse un punto blanco. Viéndole flamear distintamente, veloz en el aire con arrogancia majestuosa, murmuraba el quijote «modernista» en la embriaguez de sus evagaciones:

—¿Será el lienzo de un barco?... ¿Será la bandera de Clavijo?...

Historia, fantasía y leyenda, bailaban, locas de remate, bajo la frente rubia del mozo soñador; preso en la terrible pesadilla del llano, confundido entre realidades y quimeras, sentía vagamente la sombra del ensueño, el cansancio del viaje y la amargura del lugar. Quiso vencer aquel estado de modorra, sacudir el delirio y la fatiga; hizo al cabo un esfuerzo para recobrar su aplomo, y advirtió, al conseguirlo, que tenía hambre y que le dolía un poco la cabeza. Miró el reloj: iban á dar las once. Había salido de Astorga con muy ligero desayuno, y el camino y el sol estimulaban ahora sus buenas disposiciones para el almuerzo.

—¿Qué se ve allí?—preguntó al guía, señalando la única mancha del horizonte.

—Es la cigüeña—dijo el maragato; y añadió—: Ya no está lejos Valdecruces.

—Ni lienzo navegante, ni enseña heroica—pensó el joven, burlándose de su visionaria turbación—; son unas alas potentes; por su destino libres, cautivas por su fidelidad.

Y quedóse el viajero sumergido con regalada laxitud, en el sedante baño de poesía que la contemplación del ave le brindaba.

Todo era manso y fuerte en la vida singular del enorme pájaro: la reciedumbre de su nido, centenario á veces, puesto en la torre parroquial debajo de la Cruz, en el apacible corazón de las aldeas; la ternura delicadísima para con los hijuelos; aquella gracia seria y noble con que vigila las sembraduras y convive entre los campesinos; la rara y firme condición de su boda sexual *para toda la vida*; de su vuelta al mismo terruño para todos los años, y la reposada actitud de la figura, el paso y el vuelo, que componen armoniosa grandeza con el matiz austero del paisaje... Cuanto del animal amigo de los hombres pudo enaltecer el curioso viajero, parecióle conmovedor y simbólico.

—Una maragata y una cigüeña me han «hecho los honores» del páramo—meditó, engolfándose en la repentina emoción.

En aquel momento la breve caravana, doblando una ligera loma, alcanzó al ave, quieta en el camino; tenía el largo cuello ondulante, y el pico un poco inclinado hacia la tierra; miraba pensativa los áridos terrones, como la mujer que al paso del caballero murmuró humildemente: «buenos días». Y siguió esperando, inmóvil en su habitual postura de meditación

reposo, hasta que llegaron los caminantes: alzó entonces lentamente sus ojillos de indefinible color, pardos y cenicientos igual que la estepa; dió algunos pasos con dignidad y compostura, erguido el cuerpo, mesurado el ademán, y abrió, por fin, las espléndidas alas con un vuelo fácil y gracioso, desapareciendo del horizonte en majestuosas espirales.

No hubo tiempo el poeta para glosar con sus admiraciones tan peregrino espectáculo, porque al rendir la imperceptible cumbre, mostró el duro sendero repetidas señales de dulzura.

Se alzaba un poco en aquel sitio y por él descendían las tierras en suaves ondulaciones, amansadas y humildes, con recientes señales de cultivo y amigables surcos de senderos.

A preguntas curiosas del jinete dijo el peatón que allí empezaba la mies de Valdecruces y que aquellos «bajos» ya tenían hecha la tercera labor para recibir la simiente «en la semana de los Remedios», al nacer el otoño.

Y, acosado por nuevas preguntas, explicó el maragato cómo la pobreza del país no permitía cosechar anualmente en los mismos terrenos, y así quedaban en *fuelga* los unos mientras fructificaban los otros.

—Estas — añadió en el tecnicismo agrícola del país — estuvieron «de aramio» siete meses.

Y señalaba las glebas recién movidas junto á los profundos roderones del espacioso camino. El cual iba estrechándose con la disimulada lentitud de un prisionero que al evadirse quiere ocultar su prisa y su esperanza. De ambos afanes pudiera suspirar el triste fugitivo del barbecho, buscando la ilusión de una mies, la gracia bienhechora de un arroyo y el caliente regazo de una aldea.

Y esta sorda inquietud que parecía latir en la pálida ruta, comunicóse á los viajeros con impaciencia viva, sin excepción del mulo, apresurado ahora, olfateador y relinchante por demás. Habían torcido su rumbo por la estepa, á indicaciones del caballero que la quiso recorrer toda, y entraban en Valdecruces por un transitorio vergel de centenos maduros.

Pocos pasos adelante, columbró ya el jinete la verdosa masa de hojas y de espigas, un imprevisto oasis que, acosado de cerca por el erial, parecía surgir inseguro y tembloroso como un atrevimiento de furtivo amor hacia la esquivo ingratitud.

Pasó un hálito caliente de primavera sobre el áspero dorso de la llanura, y las espigas estalladas exhalaban dulcísimo perfume.

Comenzaban á palidecer las anchas hojas lineales en torno al granado fruto, muertas ya las sutiles flores en el raquis henchido. Pero aun flotaba en el ambiente esa especie de niebla azul, producida por aromas y glumas de la flor.

Hundiéndose de pronto el forastero en tan inesperado paraíso, imaginó escuchar una plegaria vehemente y armoniosa en el rumor de aquel vaivén de espigas, verdes y rubias, con degradaciones de admirables tonos.

Fuera ya del camino central, guiaba el espolique por las honduras de un sendero, delicadísima estela de los crecidos centeneles, agitados con inquietud de marejada. Latía el perfume como un aliento en torno del jinete, y se asomaban al horizonte, más visibles que en el transcurso del viaje, los bravos picos del Teleno y Fuencebación.

Bien sabía el poeta que la maravilla sorprendente de aquella mies, rescatada al páramo como botín de

durísimo combate, era obra y tormento de la mujer maragata; que bajo aquel fugitivo mar de espigas naufragaban oscuramente la juventud y la belleza de unas abandonadas criaturas, por débiles tenidas en el mundo; que ni la heroica satisfacción del noble sacrificio acompañaba en su naufragio á las infelices cautivas de la tierra, del instinto y la ignorancia. ¡Y era el hondo caudal de su ternura inconsciente la única fuerza humana bastante poderosa para hacer vivir y fructificar los indomables terrones del yermo!

En la hidalga paramera de León, solar de los más castizos de la raza, teatro y reliquia de inmortales memorias, duerme el pueblo maragato, incógnito y oscuro, desprendido con misterioso origen de una remota progenie. Siglos enteros supervivió á la desolación de los eriales, solitario en toda la integridad de su rara pureza, embarrancado en la llanura como un pobre navío que encalla y se sumerge, y al cual se abandona y olvida en el turbulento mar de la civilización. Pero, al fin, en la tragedia de este «buque fantasma» se salvaron los fuertes. Más duros los códigos en los mares de tierra que los que rigen en los mares de agua, consintieron que en las bárbaras olas del erial se quedasen cautivos para siempre las mujeres y los niños, mientras los hombres útiles pedían remolque á la vida del progreso para explotar sus riberas. Y las pobres maragatas se encontraron solas, condenadas á no extinguirse nunca, porque los maridos arribaban á menudo hasta la callada flota que extendieron por el llano estas graves mujeres de Maragatería: acuden ellos potentes y germinadores á imponer como un tributo la propagación de la especie, á dejar la semilla de la casta en las entrañas fecundas

de unas hembras, tan capaces, que hasta en el páramo cruel han producido flores...

Así discurría con ansia y pesadumbre el andante poeta, enervado por la fragancia de los centenos, peregrino entre las espigas que palpitaban con dulce temblor.

Sentía el mozo levantarse otra vez su inquieta voluntad con el generoso estímulo de las redenciones. Si era una locura soñar con la liberación del yermo, no lo era tanto apetecer la de aquellas mujeres miserables. Y, si aun este propósito fuese desmesurado para acometido por un corazón, un estro y una pluma, le quedaba al artista la certidumbre de poder esgrimir con gloria aquellas nobles armas, para rescatar del mar de tierra, libre y dichosa, á una sola mujer.

A cada paso del mulo tomaba más cuerpo esta ilusión en los bizarros sentimientos del joven.

Si acaso á Valdecruces le empujaban—seguida meditando—la curiosidad y el antojo, sobre aquellos humanos impulsos labraría con arte y con misericordia el cauce de ternura por donde corriese el definitivo amor á formar un sereno remanso.

Ráfagas de ocultos fervores le sacudían, enardecido y ambicioso, con las manos trémulas de fiebre la memoria llena de secretos y el porvenir cuajado de esperanzas. Todas sus emociones del camino se condensaron, vibrantes, en aquella última; de cuantas quimeras y memorias le acompañaron hasta allí, sólo quedaba en su imaginación, como cifra y símbolo, una bella figura de mujer: adornábase con un traje regional, acaso descendiente de góticos briales ó de gentiles paños morunos; tenía dulce el rostro como la ilusión del viajero, y el alma heroica lo mismo que la raza leonesa.

Reinó esta solitaria imagen como dueña absoluta de tantos pensamientos impacientes, cuando, ya surcada la mies, se acercó en el paisaje la arcillosa giba del caserío y una mansa barbechera corrió á confundirse con las rúas del pueblo.

En la primera de las cuales se extendía ancho lugar, parecido á una plaza, decorado en medio con una fuente. Al borde del pilón una mujer aguardaba que su cántaro se llenase. Iba compuesta al uso del país, de mucha gala, sin duda por ser domingo, y parecía absorta en la contemplación de la corriente.

A este sitio llegaban los viajeros cuando, desde muy cerca, un toque grave de campana avisó en la parroquia el mediodía.

Descubrióse el espolique para rezar las oportunas oraciones y le imitó el caballero, distraído. Mas de pronto, al encontrar junto á la fuente viva y hermosa la imagen de sus recientes pensamientos, adelantóse hacia ella enajenado y feliz.

La sorprendida aguadora levantó su mirada y le brillaron los ojos como topacios al llenarse de luz; era una mozuela pálida y triste, de agraciada figura. Advertida por el aviso parroquial, iba á santiguarse, cuando apareció el forastero y, mirándole con ebria admiración, trazó aturdidamente la señal de la cruz.

En la boca del jarro, ahito, rió entonces el agua cantarina, vertiéndose con dulce murmullo, mientras Rogelio Terán y de la Hoz, hidalgo montañés, novelista romántico, poeta lírico, hombre sentimental, mozo gentil, con el *jépt* en la diestra, declamó reverente:

—¡Salve, oh maragata, augusta *Señora del Páramo*, salve!

Con lo cual la aludida, escandalizada ante una ora-

ción nueva, no escuchada jamás, tuvo al viajero por hereje ó por loco; le envolvió un instante en la mirada de sus ojos verdes y profundos, y abandonando el cantarillo, echó á correr con las mejillas pintadas de arrebol.

Aun resonaba la fuga de aquellos pies menudos en la calzada vecina, cuando el desairado galán sintió con repentinos apremios el aguijón del hambre, y más sensible la pesadez del dolor de cabeza. Pero en atravesando la plaza ya le ofreció el reparo apetecido la casita del cura, puesta con vigilante devoción enfrente de la iglesia.

Mudo estaba el lugar, como deshabitado y misterioso. La campana piadosa había cesado de tañer y la cigüeña asomaba sus alas extendidas en la torre, protegiendo el nido debajo de la cruz:

Dió el maragato dos recios golpes en el conocido portal de don Miguel, y bajo el tejaro de la parroquia volaron con alarma unos vencejos...

## X

### EL FORASTERO

Cuando llegó á su casa Marinela, jadeante y medrosa, desde el fondo de la cocina donde la esperaban para comer auguró la madre:

—Esa coitada rompió el cántaro de fijo.

Aguardaron todos en muda expectación á que la niña explicase aquel azoramiento de su vuelta.

—No rompí el jarro—murmuró ella con timidez—; es que vide á un señor rezándome, á mí misma, una salve trabucada, tal que si yo fuera la Virgen... Venía de viaje; está demoniado ó es judío.

—¿Onde fué eso?—preguntó Olalla con asombro mientras los rapaces corrían á la puerta, y *Mariflor* iniciaba también un movimiento de curiosidad.

—A orilla de la fuente—dijo la aguadora, tomando otra vez el camino detrás de su prima y de su hermana.

La tía Dolores no pareció enterarse de la novedad, entretenida con encender *fuyacos* en el rescoldo mantenido por las brasas de un tueco. Y Ramona, cortan-

do lentamente raciones de la hogaza morena, rezongó á somormujo:

—¡Cuántos parajismos!

Ni en la calle silenciosa, caldeada por el flamear del sol, ni en la plaza desierta, vieron, los averiguadores, rastro alguno del misterioso forastero. El cantarillo en colmo seguía derramando el agua riente, que al borbollar ahora, parecía esconder en sus cándidas modulaciones un acento de burla.

—Tú soñaste, rapaza—le dijeron los curiosos á la pobre Marinela.

—No soñé—afirmó la niña con mucha seguridad, aun palpitantes de admiración los profundos ojos.

—¿Era joven?—aludió Florinda con aire distraído.

—Mozo y galán; montaba un mulo alto como el nuestro; traía paje y fardel.

—¿Por el camino de Astorga?

La maragata levantó los hombros un poco insegura:

—Creo—dijo—que venía por la mies... no sé de dónde.

Y sus pupilas, cambiantes como las piedras preciosas, adquirieron vagos colores de turquesa.

Olalla, portadora del cántaro, adelantábase con los niños, y *Mari flor*, enlazando á su prima por la cintura, preguntaba todavía con afán:

—¿Era rubio y usaba lentes?

—De eso no me acuerdo—balbució la mozueta, buscando ansiosa en su imaginación los perfiles del rostro aparecido. De repente aseguró arrobada:

—Tenía los ojos azules.

—¿De veras?

—De verísimas.

Las dos enmudecieron, con los corazones tan ace-

lerados como si el color azul fuera para entrambas un abismo...

Durante la comida no se habló una palabra de la aventura de Marinela; sólo Pedro miró á la moza por dos veces, haciéndose en la sién un ademán expresivo, como diciendo: estás «de aquí». La aludida se impacientó ruborosa, y Olalla puso un dedo sobre los labios con prudente disimulo, recomendando la paz.

Comían en torno á una de las «perezosas», con grave compostura y aplomada lentitud, como si cumpliesen una sagrada obligación. Olalla, que oficiaba de «sacerdote» en aquella solemne ceremonia, sirvió primero á Florinda y después á Marinela; luego puso en un mismo plato las raciones de Pedro y de Tomás; en otro la de Carmina y la suya, y dejó el resto del caldoso cocido entre su abuela y su madre. Quedaban así establecidas dos tácitas preferencias, que parecían justas en consideración al desgano y el esfuerzo de ambas comensales, dueña cada una de un plato y angustiadas sobre el humo del guisote.

Era tan visible la repugnancia con que las dos comían, que Ramona, después de empapujarse varias veces con murmuraciones atragantadas entre bocados y sorbos, acabó por decir con aquella su ronca voz, sin matices ni blanduras:

—¿Por qué no mojáis mánfanos en la salsa? Hay que comer para trabajar. ¡Vaya unas mozas, que no valéis una escupina!

La abuela suspiró con un ¡ay! rutinario, muy tembloroso. Y Olalla posó interrogante sus ojos claros en las delincuentes: siempre comían poco; ¡pero lo que es hoy!... Abarcó la mesa de una solícita mirada, sin tropezar otros manjares que el pan moreno y duro, y volviósse hacia el llar, desguarnecido de cacerolas, hu-

meante bajo la caldera donde hervía el agua para la comida del cerdo. Paseó en idénticas persecuciones las paredes y el techo de la cocina, y después de lanzar sobre su madre temerosa consulta, que no tuvo respuesta, preguntó á las dos inapetentes:

—¿Queréis una febra de bacalao?

Todos los ojos se volvieron hacia la pobre bacalada, á la cual un cloque hería prisionera en la altura, pendiente como una interrogación sobre la estancia miserable.

Las dos favorécidas por el generoso ofrecimiento se habían apresurado á hundir en la salsa pedacitos de pan desde que Ramona censuró sus melindres. Movieron la cabeza diciendo que no ante la perspectiva del regalo, torpes para hablar, como si una misma angustia les cerrase la boca, y mirándose con singular emoción, á punto de gemir.

—No; si tú—saltó la madre iracunda, dirigiéndose á su hija—tienes gustos muy finos; naciste para canonesa y no llegaste á tiempo.

La muchacha rompió á llorar con exageradas señales de dolor, como si otros secretos infortunios le acudiesen á los ojos pungidos de lágrimas, mientras que su prima, sintiéndose también envuelta en la insistente acusación, reclamaba su animosa voluntad para serenarse.

Olalla había palidecido: nada la hacía estremecer como el lloro de sus hermanos.

—¡Madre, por Dios!—rogó conciliadora. Y añadió fingiendo alegría: —Hoy hay postre, que es domingo.

Los rapaces se miraron sonrientes, y ella, al levantarse con rumbo á un secreto armario, acarició los hombros de Marinela y le sopló al oído unas palabras, suaves como zureos de palóma...

Las manzanas y el queso pusieron á los niños tan alegres, que su animación llegó á resplandecer un poco en toda la familia, y Olalla, más libre de cuidados, reveló de pronto un pensamiento que desde la víspera le venía causando sordas indignaciones:

—¡Miren que llegar sin un triste céntimo el hombre de Rosenda, tiene alma!

Acogió Ramona la conversación con interés agudo, murmurando:

—Ella hace muy bien en amontonarse,

—¡Perfectamente!

—Amontonarse, ¿qué quiere decir?—preguntó *Mariflor* curiosa.

Y su tía, más amargo que nunca el acento, explicó entonces:

—Pues no vivir con «él», no recibirle, negarle hasta el habla.

La vieja parpadeó muy de prisa, como si espabilase el sueño ó solicitase una gota de llanto para limpiar las nubes de sus ojos.

—¡Válgame Dios!—prorrumpió únicamente.

—Sí; válganos á las miseras madres abandonadas con los hijos—clamó la nuera.

Un exiguo fulgor, como llegado con fatiga desde muy lejos, chispeó en las pupilas de la anciana. Y repuso quejosa:

—No lo dirás por tí.

—¿Que no?

—Si el marido no te puede mandar dinero, de lo suyo gastáis... y algo de los demás.

—También lo de mis padres lo gastaron los niños que yo no me casé desnuda... y he sudado mucho como de la tierra.

—¡Así es la vida!

—Pero cuando es poco lo que se tiene y lo que se trabaja, al padre cumple mantener á los hijos... ó non facerlos.

—¡Mujer!

—Lo que usted oye.

—¿Y cuando el esposo gasta mala suerte y mala salud?...—subrayó la vieja, amarilla y temblante como la llama de un cirio.

—¡Que se chive!—escupió Ramona con brutalidad, poniéndose de pie.

Su elevada estatura dominó la estancia al ras casi del techo. Extendió los brazos hacia los relieves de la comida y alzó de una sola vuelta platos y cucharas, los mendrugos de pan, la fuente y el mantel: todo lo depositó sin ruido en el rincón donde era costumbre lavar el belezó. Se puso un delantal de arpillera sobre la saya «rajona» y comenzó calladamente aquella labor menuda que en los días festivos excusaba á su hija.

Sobre el lejano resplandor enceso en los ojos de la anciana, cayó la rugosa cortina de los párpados. Apoyó la tía Dolores un codo en las rodillas, en la mano la frente, los pies en un «silletín», y pareció que se amodorraba en el sopor de una fácil siesta.

Los rapaces se habían escabullido hacia el corral, y las tres mozas, descoloridas, inmóviles, se inclinaban en una misma actitud de sobresalto, como si las aturdiese el rudo peso de aquellas frases que sonaron á disputa y maldición.

Olalla, vergonzosa de que su prima sorprendiese tan acerbas intimidades, quiso, para disimular su disgusto, seguir hablando de Rosenda Alonso.

—Es una hija del tío Rosendín, ¿sabes?—le dijo en voz baja á *Mariflor*.

—¿El sacristán?

—Ese. Figúrate que la pobre parió dos mielgos la semana pasada; ¿te acuerdas?

—Sí; yo la encontré pocos días antes, que daba compasión...

Y la muchacha se estremece al recuerdo de aquella criatura sin forma de mujer, apabilado el rostro, desfallecida como una sombra, arrastrando con paso vacilante un *feije* de leña y un vientre enorme.

—Pues tiene otro rapaz—continúa Olalla—que anda en cuello todavía y sin qué echar á la boca; cuando va y se le presenta el marido fambreando también.

—¿Él, es bueno?

—Serálo; pero es pobre como las mismas ratas.

—Si se quieren...

—¿Cómo se han á querer, boba, sin ser dueños ni de un quiñón de tierra?

Triunfante al exponer aquella rotunda imposibilidad, la joven dice:

—Con menos apuros las maragatas se amontonan cuando los maridos vuelven sin dinero. ¿No verdá, Marinela?—y sacude blandamente á la trasañada niña.

Ella parece despertar de una grave meditación, se hace repetir la pregunta, y luego, responde con respetuoso fatalismo:

—Es el usaje del país.

Y Florinda, abrumada por la validez indiscutible de tal uso, baja la frente sin replicar. Otros íntimos anhelos la preocupan, mucho más agitados desde que Marinela encontró al forastero de los ojos azules...

Entra Pedro desperezándose, y dice que después del Rosario irá á fincar los bolos: en su aire aburri-

do se conoce el deseo de que llegue la hora. Como parlotea en alta voz, Olalla le advierte por señas que está durmiendo la abuelita, y él entonces vuelve á salir hacia el corral donde los chiquillos discuten la posesión de un *rongayo* de manzana.

Desde la oscuridad donde trajina, pregunta secamente Ramona:

—¿No lleváis al chabarco los curros?

La abuela se estremece sin abrir los ojos, y las muchachasse ponen de pie como sacudidas por un resorte.

—Agora mismo—dice la mayor. Y las otras la siguen con mucha celeridad, como si les diese miedo quedarse en la cocina.

La brusca luz de fuera les hace á las tres entornar los párpados. El *estradi* está lleno de moscas y de polvo, y el corral, á pleno medio día, arde y calla, reverberante de sol.

—¿Onde estarán esos pillavanes?—dice Olalla, viendo que sus hermanos han desaparecido.

Se oyen hacia el huerto unas risas pueriles, y las gallinas se alborotan pedigueñas delante de las muchachas.

En la negra habitación que acaban de abandonar parece que con ellas ha huído la poca luz que había, aquel dorado resplandor que desde el *estradi* entraba con un vaho caliente de la tierra. El trashoguero, embrasado todavía, pone en el hondo llar rojos matices de espirante lumbre y un olor de agua sucia emerge en el aire con la oscuridad y con el humo.

La tía Dolores, apenas salieron las muchachas, se enderezó con singulares bríos, cerró las dos puertas que daban acceso á la cocina y, adelantándose en la sombra, segura como un remordimiento, preguntó hacia el sitio aquel donde se rebullía la nuera:

—Si viene Isidoro, ¿tú no le recibes?

Hubo un silencio frío... Se oyó después un «No, señora».

Menos firme, la voz de la anciana tornó á decir:

—Y si algún día viene á tu casa Pedro, comalido y pobre, ¿le recibirás?

Vibró al punto un fuerte «Sí, señora».

Y la tía Dolores, extendiendo los brazos con un sordo crujido, replicó anhelante:

—¡Pues no olvides que esta casa es mía!

Se quedó allí la vieja, muda y en cruz, sin que el rincón sombrío se diese por enterado de aquella lógica irrefutable. Porque Ramona, que ya había acabado de fregar, abrió sin ruido la puerta lindante con la cuadra y salió llevando la comida para el cerdo.

El caudal que durante los inviernos pasa trabajador por los molinos, derivado del Duerna, hace su entrada en Valdecruces bajo la humilde forma de un arroyo, sujeto á languideces estivales que en ocasiones llegaron á borrar la estela desmayada. Viene esta caricia de aquel lado donde madura más temprana la mies, donde no todo el terreno es añojal y hasta algunas parcelas pueden pomposamente llamarse «de regadío» cuando los ardientes calores funden en el Teleno heladas nieves, y unos providenciales arroyatos brindan á este rincón de la llanura el piadoso murmullo de su limosna.

Por el mismo lado entró, en este día memorable, un poeta con ínfulas de libertador; como si todas las sonrisas de la esperanza hubiesen de llegar á Valdecruces desde allí.

Mientras Olalla espera que los patos se bañen en el desmedrado arroyuelo, las otras dos mocitas están muy silenciosas y meditabundas mirando cómo fluye

el tenue hilo de la corriente. Y sin más preámbulo, como si una invencible preocupación la sugestionase, Marinela dice:

—Sí, sí; por aquel lado «venía».

Su voz, impregnada de misterio, balbuce al oído de la enamorada, que se estremece y se turba.

—Hace volcán—pronuncia Olalla vagamente. Y Florinda cubre sus cabellos con el pañuelo blanco del bolsillo.

En el sopor fatigoso de la hora fulgura el aire y duerme la tierra, retostada y sediente, sin que llegue del vecindario un solo suspiro hasta la calle, desde las ventanas, abiertas como bocas en perezoso bostezo.

Han madrugado mucho los calores, y los campesinos temen, con razón, que se les tueste la cosecha antes de estar en punto de segarse. Ya andan «cogiendo la vez» para los trajines del riego, solicitando hasta la última gota del agua que empieza á murmurar como en Agosto, derretida en los montes por este mismo ábrego que en la llanura consume los caudales del Duerna.

Tales pensamientos se agitan en la mente de Olalla con fatigado rumbo: este arroyo, vecino de su calle, no le dará corriente para lavar la ropa, para bañar los patos, para surtir á la cocina; y, sobre todo, no podrán buscar quien las ayude en las tareas del riego, ni en las de la *jaja* y escardadura; quizá tampoco en las de la siega y la recolección. Las obreras son demasiado pobres para esperar por los jornales; de América no mandan un céntimo; el tío Cristóbal pide los haberes ó la casa, y la abuelita chochea sin acordarse de lo que debe, de lo que es suyo, de cuanto sea preciso pagar y conseguir. Ya volaron los restos de la «matación», y la olla cuece sin «llardo» y sin «febra-

yas», como la del último pobre del lugar. Escasea el aceite; faltan zapatos á los niños; la madre sufre y riñe, con el genio más adusto que nunca...

—¡Dios santo!—clama la moza en medio de sus meditaciones, sin poderse contener.

—¿Qué sucede?—le pregunta su prima.

Pero Olalla conoce por instinto el arte de fingir. Su carácter reservado y oscuro no se presta á las expansiones; siente un salvaje pudor de aquella terrible miseria que á pasos agigantados se posesiona de su hogar, y hasta en el seno de la familia procura disimularla, menos por compasión que por orgullo de mujer fuerte, por extraña codicia que la empuja con bravo deseo á esconder, como un tesoro, penas y trabajos para ella sola, hasta donde sea posible.

—Sucede—responde tranquila—que estáis cogiendo un sofoco sin necesidad; véivos á casa.

—No, no—se apresuran á decir las otras con obstinación.

Y como Olalla siente que la negativa está envuelta en nubes de inquietud, quiere ahuyentar con frases animosas aquel mudo trastorno, y balbuce palabras resonantes que tiemblan en la penumbra de los pensamientos igual que pajarillos lanzados á volar en medio de la noche:

—Bailaremos á la tarde. Ya Marinela tiene que empezar á ser moza, y tú habrás aprendido las danzas de aquí, en dos meses que las ves...

—No aprendo todavía—responde *Mariflor*.

—No bailo—asegura Marinela.

Impaciente por aquellos murmullos negativos, Olalla prorrumpe:

—¡Sodes bobas!

Sonríe Florinda, deseando mostrarse menos pre-

ocupada, pero busca en vano alguna cosa alegre que decir; y como los «curros» patullan en la fangosa margen del arroyo, comenta distraidamente.

—Casi no tienen agua.

—Sí; el aflujo va mermando con la sequía, y en el bañil de allá bajo tampoco hay bastante para que las bestias se remojen...

—¡Si lloviese!—ansía *Mariflor*, sabiendo que se aguarda la lluvia como un gran beneficio.

Las tres alzan los ojos con incertidumbre hacia el flamante cielo, curvado en imperturbable serenidad sobre la aldea, y los tornan después hacia la calle, que silente y espaciosa como un ejido, huye al campo con el leve surco del arroyo entre las guijas.

La doble hilera de casas, puestas holgadamente en su sitio con cierta urbana solemnidad, se interrumpe á menudo por sebes de huertos, portones de corrales y afluencias de otras rúas, que también se abren anchas, calientes y dormidas.

—Parece que no hay nadie en el pueblo—dice *Mariflor*, dominada por el agobio profundo de tanta soledad.

—Están todos echando la sosiega, mujer; ya verás, como otros domingos, á la hora del Rosario y después en el baile, cuánta gente.

Y Olalla, siempre calmosa, parece que se olvida de recoger sus patos.

Hasta que llega un perruco con la lengua fuera á beber en el mísero arroyuelo, y espanta los ánades que salen parpando á las orillas en torpes vaivenes.

El gozque, así que sacia la sed, ladra con furia, y cuando las niñas vuelven la cabeza buscando el motivo de aquel alboroto, ven á Ramona asomándose á la empalizada del corral.

—El tercero para las dos—advierde—. ¡Si habéis d'ir al Rosario!...

A esta sazón rompe á tocar la esquila de la iglesia.

Aléjase el perro, lanzando sordos gruñidos á la brusca aparición de Ramona, mientras las muchachas y los patos se recogen.

Y en la calle, letárgica otra vez, sólo parece vivir el hilo tenue del arroyo, y un trapo que á lo lejos pone erguida su dudosa blancura, como anuncio y señal de una taberna.

Cuando vuelven á caer las tres mozas en el hondo agujero de la cocina, sienten una frescura penetrante en medio de una densa oscuridad.

Mas, pronto Olalla descubre en la masa de sombras y de humo á la *Chosca*, acurrucada en el suelo entre la ceniza, dando sorbos y bocados voraces á la misteriosa sustancia que extrae de un pucherete.

En el escaño, donde suele dormir la criada, se ha escondido la tía Dolores. Allí está inmóvil sobre la ruín yacija, dominada por el letargo ó por el sueño.

—¿Qué hace usted, abuela?—le pregunta la joven asombrada—¿Duerme todavía?... ¿No viene á la parroquia?

La sacude con el temor de que pueda ocurrirle un accidente.

Pero ella responde levantándose:

—Ya voy.

También su voz ahora parece que ha venido de muy lejos, como el fugaz relámpago que le brilla algunas veces en los ojos.

Hoy la esquila avisadora voltea con más sutiles vibraciones; algo le sucede; anuncia una cosa extraordinaria; tiene una doble intención oculta en el re-

pique, insinuante en los últimos golpes: *Tan... tan... tan...* ¿Qué secretos dice á gritos la esquila?...

Esto se pregunta *MariFlor* acabándose de vestir, y en tanto que vuelan como alondras sus deseos.

Ya las tres maragatas están muy elegantes, que, de la antigua opulencia familiar, guarda la tía Dolores ricas vestiduras del país; «rodos»; sayuelos, dengues, arracadas, mandiles y otros aliños de mucha gracia y mérito, aunque no cotizables para la avaricia del tío Cristóbal, como los «bajos» y las yuntas.

Marinela, endomingada desde muy temprano, aguardó en un rincón que las otras terminasen su arreglo, procurando no estorbar en la estrechez del gabinete de Florinda, único de la casa donde con el sol entra alegre la luz.

Cuando van á salir, llega muy presurosa la sobrina del párroco, con la mantilla puesta y el rostro encendido.

—Como tardábais—dice—, vengo por vosotras.

Y añade en impaciente explosión confidencial:

—¿No sabéis?... Ha llegado á casa de mi tío un señor de Madrid: escribe libros y cantares, y habla mucho de *MariFlor*.

—¿Le conocías?—prorrumpe Marinela estupefacta, adivinando que ha parecido su forastero de los ojos azules.

La aludida, acelerado el pulso, batiente el corazón, murmura como un eco de contestaciones idénticas:

—Venía «con nosotras» en el tren...

—Sí; es verdad—corroboraba Ascensión—, lo ha contado en la mesa, y como yo he servido la comida lo estuve oyendo todo.

Olalla oculta impasible sus impresiones, y las pu-

pilas volubles de Marinela relumbran como dos esmeraldas.

—¿No está loco?—interroga.

Y luego que refiere á la sobrina del cura su hallazgo singular del medio día, ésta clama risueña:

—¡Andanda con la salve!... Pues el señor que dices está en su sano juicio, es bien hablado y buen mozo.

—No llegaremos á tiempo—murmura pasivamente Olalla.

Movidas por advertencia tan oportuna, salen del gabinete y de nuevo cruzan las sombras del pasillo y de la cocina, evitando con la puerta principal el rodeo de la calle. Ni junto al llar ni en el escaño hay figuras humanas esta vez: la casa, desierta y silenciosa, se agacha humilde bajo el sol.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO